

*DOSSIER*  
*TRES MIRADAS HISTÓRICAS SOBRE LA FIESTA*  
*INTRODUCCIÓN*

Carlos Martínez Shaw\*



**E**n 1997, la Sección de Estudios Ibéricos de la Universidad de Paris-Sorbonne publicó un volumen que, con el título de *Fêtes et Divertissements* y bajo la dirección de los conocidos hispanistas Lucien Clare, Jean-Paul Duviols y Annie Molinié-Bertrand, recogía un conjunto de trece trabajos sobre diversas cuestiones relacionadas con las fiestas en España y la América española. Habiendo cumplido ya su primer recorrido editorial y afrontado el trance de la descatalogación, ha parecido prudente rescatar tres de los artículos allí contenidos, concretamente los más relacionados con la fiesta de los toros, con la excepción de los firmados por Jean-Paul Duviols (“Le premier traité illustré de taumachie (Emmanuel Witz, 1760)”), a causa precisamente de su éxito, que ha propiciado diversas ediciones de su contenido, y por Salvador Rodríguez Becerra (“Creencias, ideología y poder en la religiosidad popular. El ritual del ‘Toro de San Marcos’ en Extremadura y Andalucía”), asimismo aparecido en otras publicaciones recientes (singularmente, en *Demófilo*, 25, 1998, págs.165-184).

En cambio, ofrecen un Interés particular las contribuciones de Valeriano Sánchez Ramos (dedicado a analizar la rela-

---

\* Fundación de Estudios Taurinos.

ción entre la fiesta de toros y la guerra de frontera en el reino granadino, junto con otros elementos como el retroceso de la corrida ante determinadas actitudes eclesiásticas y ante la difícil situación económica vivida en el siglo XVII), de Araceli Guillaume-Alonso (que disecciona las corridas de toros en el Madrid de Carlos II, sosteniendo la tesis de la larga convivencia entre el toreo a caballo y el toreo a pie) y del malogrado Carlos Serrano, que establece una precisa relación entre los papeles respectivos jugados por el teatro, el deporte y los toros en la configuración del espectáculo de masas en la España de la segunda mitad del siglo XIX.

Sin embargo, nos hubiera parecido injusto dejar sin traducir las sugestivas páginas dedicadas a los toros en otros dos textos, donde ocupan un lugar marginal. En primer lugar, Bénédicte Barbara-Pons incluye un amplio comentario a la presencia de las corridas de toros en las fiestas organizadas por la Universidad de Salamanca con ocasión del nacimiento del príncipe Baltasar Carlos en 1629:

«Los juegos ecuestres están también ampliamente representados: máscara de los estudiantes el domingo, seguida de un desfile de la nobleza, corrida de toros el lunes. Fray Cristóbal de Lazarraga dice de la parada que fue improvisada, mientras que la junta de comisarios del 24 de octubre había ya previsto su organización. (...) Al día siguiente se celebra la corrida prevista en principio para ocho toros, en la cual participaron los estudiantes nobles de la escuela. Pero, por la mañana, antes del comienzo oficial del espectáculo, hicieron irrupción en la plaza unos gladiadores: episodio corriente pero que, esta vez, no es tan espontáneo como de ordinario, ya que es la propia Universidad la que había decidido ofrecer «este día desde las doce del medio día las imbenciones de premio para los que entraren en la plaza con mejor disfraz a pie o a caualllo para torear hasta las dos. Por la tarde, se sucedieron en la arena los

caballeros «con rejonos». Pertenecen a las diferentes naciones universitarias, pero sobre las ocho sólo se hallan representadas cuatro: Vizcaya, La Mancha, Extremadura y Portugal. En cuanto a Toribio de Villafañe, cuya procedencia geográfica no es precisada por fray Cristóbal de Lazarraga, sabemos gracias al Libro de Matrículas que era originario de Boiza, en la diócesis de Oviedo. (...) El último de entre ellos, de origen portugués, entró en liza encaramado a un carro en forma de toro, «sentado en medio con una lancilla en la mano»: una especie de corrida burlesca, coronada por el efecto de sorpresa creado entre los asistentes. La entrega de los premios ocupó el resto de la tarde y, tras una nueva invasión de la plaza por los gladiadores, «la Universidad liberalmente dio premios a todos», Su presencia demuestra que, si bien la corrida de toros sigue siendo un juego reservado a la nobleza, la Universidad admite y sin duda favorece estas improvisaciones en que sobresale el pueblo salmantino. Luego son distribuidas colaciones, bebidas y monedas entre la multitud por parte del primicerio, a quien la junta de comisarios del 29 de noviembre había recomendado «dé mayor que la que se a dado ordinariamente para allí y para llevar a sus casas». Cautela que no era nueva ya que el 31 de julio de 1608 el primicerio del año, Diego Ruiz Ochoa, había recibido una reprimenda por este motivo. Se comprende, no obstante, que, ante la multiplicación de las fiestas, haya buscado hacer ahorros. La corrida de toros, sin embargo, parada universitaria ante todo, no conocía más que el lenguaje de la liberalidad...» (págs. 46-47).

Y, del mismo modo, Lucien Clare, que ya se había encargado del prólogo, recoge un significativo episodio literario referido a un imaginario lance taurino en la obra de Alonso de Castillo y Solórzano que también merece una mención aparte:

«La evocación de los juegos rústicos examinados llevan al autor, en *El ayo de su hijo*, a narrar un episodio particular que

permitirá al héroe, Laurencio, que, como sus homólogos, comparte la condición de los campesinos e ignora la nobleza de su nacimiento, probar que la buena sangre no puede mentir. Corta los jarretes de un toro furioso que está a punto de matar a la bella Leonora en las puertas de Madrid, adonde se dirige montada sobre el jumento que es la montura de su condición de labradora. La escena se liga hábilmente al relato y se hace verosímil por los detalles topográficos que se le prodigan al lector. El relato adquiere una completa autonomía y podría constituir, si se hubiera situado en una novela y se hubiera desarrollado más, un verdadero capítulo (...).

Castillo y Solórzano, hábilmente, hace coincidir la llegada de este grupo de muchachas con los comienzos de la corrida de toros a la que se preparan a asistir estas jóvenes campesinas. A las primeras luces del alba se desarrolla en la Plaza Mayor de Madrid (que es saludada de paso por su muy reciente magnificencia) el encierro de los toros que deben lidiarse por la tarde. Entonces se produce un grave incidente:

‘...quando en la gran plaça de Madrid octaua maravilla del orbe acabauan de encerrar veinte y quatro madrigados toros para la fiesta, y queria la gente para aliviar el cansancio de auerlos encerrado, holgarse con uno. Sucedió, pues, que auiendo salido a la plaça, y hecho no poca riza en caballos, y peones, hallò por descuido de quien la tenia a su cargo, una puerta de la plaça abierta: por la qual se salio tomando la calle de Atocha adelante, hasta salirse al campo’.

Rasgo completamente pertinente con las características de un suceso. Era costumbre, en las arenas, en el siglo XVII, que, cuando se había encerrado un grupo de toros, se dejase uno de ellos a la juventud y a los que debían lidiarlos por la tarde, los cuales tenían así una ocasión de familiarizarse con el ganado con el que tenían que enfrentarse un poco más tarde. El toro se lanza a la arena, sembrando el pánico y luego, encontrando una

puerta que se ha dejado abierta por descuido, se precipita a la calle de Atocha y gana el campo.

El encuentro de las bellas viajeras y el toro tiene lugar delante del monasterio de Atocha. La Virgen milagrosa, tan venerada por los madrileños y por sus reyes, y a la que no le viene de un milagro más, protegerá con su sombra a las desdichadas campesinas: Castillo no deja evidentemente de invocarla. El toro furioso es seguido a la carrera por un grupo de hombres lanzado en su persecución. Las viajeras, asustadas por los gritos de los perseguidores, se apean, pero el toro está ya encima y se abalanza contra la montura de Leonora. Es en este momento preciso, es decir en el último instante, cuando surge su salvador. Hay que resaltar que combate a pie, como le impone su fingida condición, pero que, sin embargo, al mismo tiempo calza las botas de los títulos de la más alta nobleza que se ilustraban entonces en las arenas: cuando éstos eran desmontados de sus caballos por un toro, debían ponerse delante de él y matarlo con la espada o con la pica. El toreador consumado que era Laurencio va a proceder así en dos tiempos a un desjarrete particularmente arriesgado:

‘A este tiempo llegó Laurencio, y viendo en el estado en que se hallaua el querido dueño de su alma, pospuesto por el temor, con alentado brillo puso mano a su espada, y por un lado cerrò con el Toro a tan buen tiempo, que pudo desjarretarle una piana. Boluio con el dolor a el: mas arrojandole su capa el advertido moço, le cubrio con ella los ojos; y con la misma presteza pudo antes que la arrojase de si, dexarle del todo desjarretado’. El combate es descrito con precisión, en su vertiginosa rapidez, las fases más peligrosas bien puestas de relieve, especialmente la carga del toro herido. Es sobre todo un combate cuerpo a cuerpo entre el gladiador y el animal salvaje, en un silencio milagrosamente recobrado, tras los gritos y la agitación. En suma, un gran momento de una corrida.

Pero los gritos de los perseguidores que se habían mantenido a una distancia respetable suben de nuevo, esta vez en un coro de admiración. La muerte, en su furor bárbaro, no se nos ha ahorrado. El pueblo entero, también, canta las alabanzas del joven prodigio y sus ecos llenan todo Madrid. Decididamente, este joven tan perfecto, bien merecería ser ennoblecido:

‘La grita desta gente que miraua desde lexos esta animosa accion, siruio de aplauso della. Llegaron muchos con sus espadas, que no se atrevieron antes, donde a cuchilladas quitaron la vida al ya rendido animal. Todos celebrauan la suerte de Laurencio: y la fama que ya estaua de su parte dilatò la nueua por toda la Corte’.

¿Resulta útil añadir que el combate de Laurencio contra el toro escapado, que por un pelo no llega a matar a la que ama, descrito con tanto cuidado y ligado hábilmente a la intriga de la narración así como a la vida cotidiana y a la atmósfera de la joven capital de España, representa un escalón esencial en la elevación social de Laurencio lanzada a la búsqueda de su verdadera identidad? Sin embargo, ningún caballo interviene en este episodio, es una verdadera corrida a pie. Recordemos a este respecto que en el siglo XVII los combates de toros a caballo, por muy importantes que pudieran ser, dejan al combate a pie un espacio mayor de lo que se ha dicho, un espacio todavía tradicional en más de un lugar. Acciones fulgurantes como la que acaba de realizar aquí el héroe muestran bien a las claras que está por encima de su condición de labrador. La nobleza de corazón nace de la nobleza de sangre y cuando se ha recibido como herencia nada puede marchitar su brillo, ni siquiera la servidumbre. (págs. 206-208)».

En definitiva, estas páginas permiten poner a disposición del público de habla española una serie de textos de historia de la fiesta que son fruto de la dedicación de un prestigioso grupo de investigadores a la temática que es propia de nuestra Revista

de Estudios Taurinos. Cerrar este apartado nos exige finalmente (*last but not least*) dar las gracias a la editorial que en su día publicó por primera vez los trabajos y, por supuesto, a los autores que amablemente accedieron a su traducción y publicación. A todos ellos, nuestro más profundo reconocimiento.

